

Historia de un peso falso.

(*) Parecía bueno! ¡Limpio, muy acepilladito, con su águila a guisa de alfiler y caminando siempre por el lado de cara el muy bellaco y el que sólo de vista lo hubiera conocido, no hubiera vacilado en fiarle cuatro pesetas. Pero... crean ustedes en las canas blancas y la plata que brilla! Aquel peso era un peso teñido; su cabello era castaño, de cobre, y él, por coquetería, porque le dijeran:—Es usted muy Luis XVI, se lo había empolvado.

Por supuesto que era de padres desconocidos. ¡Estos pobrecitos pesos siempre son expósitos! A mí me inspiran mucha lástima, y de buen grado los recogería; pero mi casa, es decir, la casa de ellos, el bolsillo de mi chaleco está vacío, desamueblado, lleno de aire, y por eso no puedo recibirlos. Cuando alguno me cae procuro colocarlo en alguna cantina, en una tienda, en la contaduría de un teatro; pero hoy están las colocaciones por las nubes y casi siempre se queda en la calle el pobre peso.

No pasó lo mismo, sin embargo, con aquel de la buena facha, de la sonrisa bonachona y del águila que parecía de verdad. Yo no sé en dónde me lo dieron; pero sí estoy cierto de cuál es la casa de comercio en donde tuve la fortuna de colocarlo, gracias al buen corazón y a la mala vista del respetable comerciante cuyo nombre callo por no ofender la cristiana modestia de tan excelente sujeto, y por aquello de que hasta la mano izquierda debe ignorar el bien que hizo la derecha.

Ello es que, como un beneficio no se pierde nunca, y como Dios recompensa a los caritativos, el generoso padre putativo de mi peso falso no tardó en hallar a otro caballero que consintiera en hacerse cargo de la criatura. Cuentan las malas lenguas que este rasgo filantrópico no fué del todo puro; parece que el nuevo protector de mi peso—y téngase entendido que el comerciante a quien yo encomendé la crianza y educación del pobre expósito, era un cantinero—no se dió cuenta exacta de que iba a hacer una obra de misericordia, en razón de que repetidas libaciones habían oscurecido un tanto cuanto su vista y entorpecido su tacto. Pero sea porque aquel hombre poseía un noble corazón, sea porque el coñac predispone a la benevolencia, el caso es que mi hombre recibió el peso falso, no con los brazos abiertos, pero sí tendiéndole la diestra. Dió un billete de a cinco duros, devolvióle cuatro el cantinero, y entre esos cuatro, como amigo pobre en compañía de ricos, iba mi peso.

Pero ¡vean ustedes cómo los pobres somos buenos y cómo Dios nos ha adornado con la virtud de los perros: la fidelidad! Los cuatro capitalistas, los cuatro pesos de plata, los aristócratas, siguieron de parranda.

* Nos proponemos publicar en cada uno de nuestros números, cuentos y poesías de los mejores poetas mexicanos. Hoy comenzamos esta tarea diciendo esta página al cuento mejor de don Manuel Gutiérrez Nájera. El próximo número de nuestra Revista dedicará su página literaria al gran poeta potosino, don Manuel José Othón.

¡Es indudable que la aristocracia está muy corrompida! Este, se quedó en una cantina; ese, en la Concordia, aquel en la contaduría del teatro... ¡Sólo el peso falso, el pobrecito, el de la clase media, el que no era centavo ni tampoco persona decente, siguió acompañando a su generoso protector, como Cordelia acompañó al rey Lear. En la Concordia fué donde lo conocieron; allí le echaron en cara su pobreza y no le quisieron fiar ni servir nada.

La única moneda buena se escapó entonces con el mozo—no es nuevo que una señorita bien nacida se fugue con algún piche de cocina—y allí quedó el pobre peso, el que no tenía ni un real, pero sí un corazón que no estaba todavía metalizado, acompañando al amparador de su orfandad en la tristeza, en el abandono, en la miseria... ¡Lo mismo que Cordelia al lado del rey Lear!

¡De veras enterrefecen estos pesos falsos! Mientras los llamados buenos, los de alta alcurnia, los nacidos en la opulenta casa de moneda, llevan mala vida y van pasando de mano en mano como los periodistas venales, como los políticos tráfugas, como las mujeres coquetas; mientras estos viciosos impenitentes trasnochando en las fondas, compran la virtud de las doncellas y desdeñan al menesteroso para irse con los ricos, el peso falso busca al pobre y no lo abandona, a pesar del mal trato que éste le da siempre; no sale, se está en su casa encerrado; no compra nada y espera como sólo premio, de virtudes tan excelsas, el martirio, la ingratitud del hombre; ser aprehendido, en fin de cuentas, por el gendarme sin entrañas o morir clavado en la madera de algún mostrador, como murió San Dimas en la cruz. ¡Pobres pesos falsos! A mí me parten el alma cuando los veo en manos de otros.

El de mi cuento, sin embargo, había empezado bien su vida. ¡Dios lo protegía por guapo, sí, por bueno, a pesar de que no creyera el escéptico mesero de la Concordia en tal bondad; por sencillo, por inocente, por honrado. A mí no me robó nada; al cantinero, tampoco; y al caballero que le sacó de la cantina, en donde no estaba a gusto, porque los pesos falsos son muy sóbrios, le recompensó la buena, dándole una hermosa ilusión: la de contar con un peso todavía.

Y no sólo hizo eso... ¡ya verán ustedes todo lo que hizo! El caballero se quedó en la fonda meditabundo y triste ante la taza de té, la copa de Burdeos, ya sin Burdeos, y el mesero que estaba parado en frente de él como un signo de interrogación. Aquella situación no podía prolongarse. Cuando está alguien a solas con una inocente moneda falsa, se avergüenza como si estuviera con una mujer perdida; quiere que no lo vean, pasar de incógnito, que ningún amigo lo sorprenda...

Porque serán muy buenas las monedas falsas... ¡pero la gente no lo quiere creer!

Yo mismo, en las primeras líneas de este cuento; cuando no había encontrado un padre putativo para el peso falso, lo llamé bellaco. ¡Tan imperioso es el poder del vulgo! Todavía el caballero, en un momento de mal humor, que no disculpo en él, pero que en mí habría disculpado, luego que quitaron los manteles de la mesa, golpeó el peso sobre el mármol, como diciéndole:—¡A ver, malvado,

DAMAS DISTINGUIDAS.



SEÑORITA ADELA GARITA
Radicada en San Antonio, Texas.

Porque serán muy buenas las monedas falsas... ¡pero la gente no lo quiere creer!

Yo mismo, en las primeras líneas de este cuento; cuando no había encontrado un padre putativo para el peso falso, lo llamé bellaco. ¡Tan imperioso es el poder del vulgo!

Todavía el caballero, en un momento de mal humor, que no disculpo en él, pero que en mí habría disculpado, luego que quitaron los manteles de la mesa, golpeó el peso sobre el mármol, como diciéndole:—¡A ver, malvado,